

sus propios pecados. Si no halla lágrimas exteriores, no por eso se turbe; porque no le faltan las lágrimas interiores a aquel al cual ofenden de veras todos los vicios.

Así que, cuando en alguna manera hubiere interiormente reformado la imagen de Dios con la saludable amargura de las lágrimas y de la contricción, podrá con más confianza seguir el otro ejercicio que arriba puse, y le será de provecho. Pues ha de levantarse humildemente, y aparejarse con gran fervor para la más íntima familiaridad del celestial esposo.

Y cuando se siente miserable y frío, con la solícita meditación de la Encarnación o Pasión del Hijo de Dios, repasando suavemente estas cosas con su alma, despertará en sí muchas veces la centella del divino amor. Y encendido con esta meditación, se volverá a la oración y a las aspiraciones; deseando por ellas unir su espíritu con el Sumo bien.

Si por este orden perseverare muchas veces en hacer fuerza a su corazón para que se encienda en el amor de Dios, en breve llegará a que luego, en acudiendo al centro de su alma o a la primera aspiración sin que preceda otra meditación, se podrá apartar de las criaturas y de sus imágenes, y anegarse en la suavidad del mismo divino amor.

De ahí adelante no tendrá tanta necesidad, cuando en el acatamiento de Dios hace penitencia, de acordarse en particular de todos los pecados de la vida pasada, ni de poner con gran solicitud en ellos los ojos del corazón; porque así se impedirían la libertad y el afecto para con Dios; antes guiará amorosamente su corazón al mismo Señor, abominando entonces de todo lo que puede apartar y desviar de él.

Y en esto no queremos decir que jamás permita que por descuido se le caigan de la memoria ¹ sus pecados; lo que decimos es que así se acuerde de ellos, que esa memoria no le impida de otro bien

¹ Este y otros consejos para que nunca deje uno de dolerse de los pecados pasados o perdonados mientras viviere se encuentran también (I). Thom., 3 parte, Suplemento quæst., 4 art. 1, et 2. Explica el Santo Doctor el texto del Ecclesiástico. *De propitiato peccato noli esse sine suætu*, c. 5; y cita la doctrina de S. Agustín, *De Vera et falsa poenitentia*, cap. 13.

mayor y más importante, de manera que cada día se confesará a Dios de sus pecados, y antes sea sumariamente que no en particular.

Sin duda que el acudir a Dios con un afecto de amor dulce y eficaz, es más fuerte remedio para quitar de nosotros las culpas ligeras, que el ocuparnos muy de asiento en considerarlas, y en castigarlas con aspereza. Así que eche los pecados en el abismo de la divina clemencia, para que allí se consuman, como una centella se consume en medio del mar. Procure desechar totalmente toda pusilanimidad desordenada, y los superfluos escrúpulos de conciencia, y la perpleja é intrincada desconfianza, de dondequiera que nazcan. Porque si luego al principio no se cortan, ahogan por diversos caminos la alegría del alma, y no hacen poco daño para el aprovechamiento interior.

4.- No intente cosa alguna que exceda sus fuerzas; mas esté contento con su suerte. Si no puede llegar donde desea, procure llegar donde pueda. Si no se lisonjea a sí mismo abominablemente, con facilidad entenderá a dónde puede llegar. Empero liberal es, y de todo punto liberal la divina bondad, la cual huelga de comunicarse abundantísimamente donde quiera que halla el alma bien dispuesta.

Por tanto si el varón espiritual no es admitido aún a la alteza de la contemplación y caridad perfecta, imagine que aún no está dispuesto para recibir tanto bien. Y ¿qué le aprovechará recibir la gracia de que no había de saber usar bien? Apresúrese a desarraigar todos los vicios, para que esté más bien dispuesto: y (como tengo avisado) no salga de lo que puedan sus fuerzas.

No pretenda con impaciencia caminar más que la divina gracia; lo que ha de hacer es seguirla con humildad. Digo que no procure que su espíritu suba con violencia adonde no puede; de suerte que, presumiendo sin discreción lo que no debe, con su violencia se despeñe a sí mismo, y en pena de su presunción, se destruya. De tal manera procure subir a más perfección, que la fuerza que pone esté ajena de todo ímpetu desenfrenado y de toda solicitud inquieta y desasosegada.

Mire la medida de la gracia que Dios le ha dado, y acuérdesse que muy más fácil, más segura, más breve y venturosamente llegará al más alto grado de la contemplación, conviene a saber, a la unión mística con Dios, si fuere llevado y levantado de la pura gracia del mismo Señor, que si con su trabajo procurare llegar allá. Ande, pues, con medida y discreción en todas las cosas, de suerte que, por no dar en algún exceso, dé en algún desconcierto.

5.- Bueno y dulce es el pan de las lágrimas, pero algunas veces, con ese pan, ahogan más su alma, que la sustentan; porque se ocupan tanto y con tanto quebrantamiento y fatiga en llorar, hasta que por la demasiada prolijidad o intensión del ejercicio consumen el cuerpo y el alma. No negamos que hay algunos que por la discreción y con la ayuda del Espíritu Santo, pueden llorar mucho tiempo y con mucho provecho.

También se hallan algunos que, cuando interiormente están embriagados del río impetuoso ¹ de los deleites de Dios, no con mucha cordura se apresuran y mueven ² a mayor ímpetu; y no dejan estos apresuramientos indiscretos, hasta que lastimados y turbados en sí mismos, dan de ojos, y se hacen inhábiles de ahí adelante para recibir la suavidad de la gracia. Conviene, pues, que el fervor o ímpetu interior se temple de manera que con él se esfuerce el espíritu y no se anegue.

Los que tienen buena cabeza pueden algunas veces, ocuparse con más eficacia en aspiraciones fervorosas, empero los que la tienen flaca (en especial los que adquirieron esa flaqueza por su poca cordura) no se pueden ejercitar sino con suavidad y apaciblemente. Y algunas veces apenas pueden dar lugar siquiera a una sencilla compunción de alma, meditación o lección, sin peligro, ni aun divertir muy poco la cabeza a otra cosa; tanta pesadumbre nace de la indiscreción.

No desesperen los que han llegado a semejante necesidad; sino huyan con gran diligencia el peligro, todo lo que pudieren, y

¹ Salmo 35.

² Aviso digno de tenerse en cuenta para no estimular el ímpetu espiritual o fervor en tiempo de consolaciones.

pidan a Dios con humildad que les dé aquello de que ellos mismos se privaron miserablemente. Si al fin Dios los oyere, denle gracias; y si no, se las den de la misma suerte. Y aprendan con paciencia hasta que sea su voluntad, a sufrir por su amor la miseria que ellos mismos se buscaron.

6.- Cualquiera que se ejercita en las cosas espirituales ha de huir también toda inconstancia y poca firmeza. Debe abrazarse de tal suerte con los ejercicios buenos, que jamás los deje, aunque alguna vez no le den mucho gusto; pero sea de manera, que en todas las cosas siga la voluntad del Espíritu Santo, dejando su propio parecer y sentimiento. Porque el Espíritu Santo suele por diversos caminos atraernos y convidarnos, y meternos en la recámara y tálamo del divino amor: y es razón que atendamos a sus inspiraciones, y que con gran voluntad las sigamos en cualquiera cosa, dejando nuestro propio gusto. Y así, el varón contemplativo siempre se ha de ofrecer a sí mismo al Espíritu Santo como un instrumento muy preparado; y lo ha de seguir luego a cualquiera parte, que él lo llevare. Si alguna vez fuere llevado o levantado a más alta contemplación, y al abrazo del Sumo Bien, todo se ha de ofrecer libremente; y si entonces acude a alguna meditación o imagen de la Pasión de Cristo, u otra, no se detenga en ella, sino pase adelante adonde le llama el Espíritu Santo.

Cuando está dudoso titubeando en su buen propósito y santa determinación, que no sabe cómo proseguir su jornada, aprovéchese del consejo de hombres prudentes, experimentados y humildes; que así aprovechará más, que si fiando de sí mismo siguiese sus invenciones y trazas.

Pero entre tanto no deje de acudir con diligencia al remedio de la oración pidiendo al Señor con humildad que lo encamine y alumbre en todas las cosas; porque alguna vez no se engañe, y siga la mentira por la verdad.

Y acuérdesse siempre que jamás se podrá ocupar perfectamente en Dios, si no tiene corazón libre y desembarazado de todas las cosas, fuera del mismo Dios.

CAPÍTULO VI

Lucha contra las tentaciones y desolaciones

1.- El alma debe prepararse a la desolación y pérdida de la gracia sensible.- 2. Huir de la ociosidad.- 3. Modo de pelear en las tentaciones de la carne.- 4. Evitar la ostentación en los dones de Dios.

1.- Ves ahí, hermano, y en alguna manera has oído cómo haya de comenzar y proseguir en los ejercicios exteriores el que quiere llegar a un grado soberano de vida más pura y excelente. A cuenta tuya queda ahora el no contentarte con oír y leer estas cosas, sino con ponerlas en ejecución. Y si esto hicieres, y Dios te ayudare, y comenzare a florecer lo íntimo de tu alma, y a darte gusto, el asistir al Oficio divino en el coro, no te ensoberbezcas, sino teme.¹ Porque aunque algún tiempo corras en el camino de la ley de Dios con el corazón ancho² y extendido, no te lo ensanchaste tú, sino Dios; y ese mismo que te ensanchó el corazón, puede, quitándote la gracia, permitir otra vez que se estreche. El sol de justicia te esclareció, y quitándote unas como cataratas, serenó tu alma; y si quisiere esconderse, ¿quién le estorbará que no se esconda?

Importa que estés apercebido; porque se esconderá, y dejándote el amable resplandor, se te oscurecerá y embozarán los sentidos. Pero no se que tempestades movidas por el demonio por todas partes embisten en la nave de tu augusto pecho; y aun acaso crecerá tanto la tentación³ que se pueda creer que es totalmente infernal. Te parecerá que estás entregado a Satanás, y no podrás ni aun abrir la boca para alabar a Dios. Y esta molestia no durará por poco tiempo, ni una vez sola, ni tres o seis, o diez veces, sino te fatigará muchas, unas con más fuerza, y otras con menos.

¹ Rom., I.

² Salm. 118.

³ Salmo 77.

Y esto no te haga perder el ánimo, ni presumas mal de tu amado. Que para que se vea si lo amas¹ de veras, permite Él que seas tentado; y juntamente para que aprendas a tener compasión de los demás que son tentados. Él te azota y te quebranta para limpiarte de los vicios, y disponerte para mayor gracia. Él muestra que en alguna manera se aparta de ti, para que jamás te ensoberbezcas, sino que conozcas siempre que sin Él no puedes nada; y en efecto no se aparta de ti. Con estas y con otras tribulaciones te fatiga, por la inefable caridad con que te ama.

Porque aquel esposo celestial casi de esta traza suele usar con el alma fervorosa, que se convierte a Él. A los principios de sus nuevos propósitos y manera de vivir, la visita, esfuerza y alumbra soberanamente, y la lleva en pos de sí recreándola y engolosinándola con su olor suavísimo, y casi en todo lugar le sale al camino con grandísimo gusto, manteniendo con esta como leche a la nueva enamorada. Después comienza a darle pan con corteza de aflicciones y trabajos, y le muestra claramente que por su nombre y gloria le importa sufrir muchas cosas. Luego por todas partes te comienza a levantar adversidades; acá fuera molestan hombres, allá dentro turban pasiones, acá fuera afligen penas; allá dentro derriban pusilanimidades; acá fuera cargan miserias; allá dentro oscurecen y anublan tinieblas; las cosas exteriores andan fatigadas, las interiores secas y sin ningún jugo de devoción; unas veces el mismo esposo se esconde al alma, otras se le muestra; unas veces hace que la desampara en la oscuridad y horror de la muerte, otras la llama a los regalos de la luz; de suerte que se dice de veras de Él que lleva a la sepultura y saca de ella.² Por estos caminos prueba, purifica, humilla, enseña, quebranta, acepilla, iguala, alisa y adorna al alma.

Y si en estas cosas la halla fiel y de buena voluntad, y que tiene tanta paciencia, y asimismo halla que ya por el largo ejercicio y con su gracia y favor lleva suave y amorosamente cualesquiera tribulaciones y tentaciones, entonces la junta a sí más per-

¹ Deut, 13.

² I Reg., 2.

fectamente, y con más familiaridad la admite a sus secretos y la apretará consigo muy de otra manera de lo que al principio de su conversión lo había hecho.

Pues cuando te fatiga alguna recia tentación, no te turbes, sino persevera en la batalla, fiel y no vencido, como quien ya recibió prendas del amor diciendo luego con el santo Job: aunque me mate, esperaré en Él.¹ Entre tanto que dura esa tempestad², por la demasiada inconstancia y turbación de tu alma, se te hará muy dificultoso el asistir al Oficio divino; mas ten ánimo, y haz buenamente lo que pudieres. Se pasará la noche, y se ausentarán las tinieblas, y otra vez nacerá la luz.

2.- Mientras dura la noche, ten gran cuenta con que no te hallen ocioso y negligente. Si no puedes orar o rezar los salmos, o meditar, lee. Y si también te enfada la lección, escribe; o si no, ocúpate entonces varonilmente en otra obra exterior, desechando con gran diligencia el ruido de pensamientos vanos.

Si fuera de tiempo y sazón te fatiga el sueño, y te da notable molestia, acaso te será mejor, si lo permite el lugar y el tiempo, arrimar la cabeza, y entre dormir, a la gloria de Dios, un poco y de paso, que si quisieres hacer mucha resistencia. Porque si con sólo el trabajo pretendieres atajar el sueño, mientras dura ese trabajo estarás libre, mas acabado él y volviendo a tus ejercicios espirituales, fácilmente acudirá luego. Y eso no ha de ser más de descabezar el sueño ligeramente, de manera que dure poco más o menos lo que se puede tardar en leer un salmo, dos o tres. El espíritu saldrá de allí como renovado, y más pronto y alegre.

Y se ha de temer que no acudan al sobredicho remedio los que aún no son templados en el comer y beber, y en los sentidos; porque acaso no agraven su enfermedad antes que la aligeren; y cayendo por su flojedad en algún profundo y largo sueño, pierdan miserablemente el tiempo.

3.- También has de andar muy solícito en aquellas tentaciones

¹ Job, 13.

² El R.P. Tomás de Jesús, *De Oratione divina*, lib. 2, cap. 21, explica largamente todo esto.

con que el demonio procura derribar el alma a cosas feas y viciosas, y trabaja tú por desecharlas al principio ¹, antes que ocupen lo íntimo de tu corazón. Porque si luego al primer encuentro no rechazares al enemigo, si lo dejas entrar, enlazará tu alma, y tu, desamparado ya de la libertad y de las fuerzas, resistirás peor en adelante.

Empero aunque hayas sido negligente y el demonio te haya aprisionado, no por eso te has de rendir, sino da voces, y aunque sea arrastrando por el suelo, haz fuerza y llama a Dios con todo tu espíritu, para que sacándote de las prisiones, te ponga en libertad, o a lo menos te guarde de que no des consentimiento.

Y hágote saber que vencerás con más ventura al mismo enemigo, cuando te persuadiere alguna cosa torpe y abominable, si despreciases sus ladridos, y no hicieres caso de ellos, y así te pasares de largo, que si determinares de disputar mucho con él, y de taparle con gran trabajo su boca maliciosa. Pero es forzoso el pelear y romper batalla, cuando es muy importuno, acudiendo con insistencia a la oración, para que vencido en la pelea, huya afrentosamente.

Andando el tiempo nos acomete por diferentes caminos; que unas veces ordena sus celadas en secreto y con capa de piedad y religión; otras acomete a escala vista, y con furia manifiesta; algunas veces entra gateando muy secreto, y con gran recato, otras de repente y sin ser esperado con gran violencia. Algunas veces hace guerra con adversidades o prosperidades, interiores y espirituales; otras con las mismas adversidades o prosperidades pero exteriores y corporales. Por tanto es necesario andar de continuo con suma vigilancia ², acudir siempre a los auxilios de la Pasión del Señor, y llamar a Dios con lágrimas.

4.- Y como te había comenzado a decir, no tomes fantasía por la gracia que por ventura tienes *Porque ¿qué tienes que no lo hayas*

¹ S. Jeronimo enseña en la Carta 22 a la virgen Estoquio, *De custodia virginitatis*, como el presente remedio tiene su aplicación principalmente en las tentaciones carnales. Indica también en ella otros remedios contra los pensamientos torpes.

² I Petr., 5.

recibido? Y si lo has recibido, no es razón que te engrías como si no lo hubieses recibido. ¹ De manera que ya has de guardar de no abrir la ventana de tu corazón al viento de la vanagloria, o al aire de la complacencia o gusto propio por ninguna ocasión. Mira no te gloríes vanamente, mira no desees mostrar con ademanes a cada paso lo que has recibido, sino guarda tu secreto para tí, si no es que acaso por algún bien o consuelo espiritual lo hayas de manifestar, y eso con humildad y vergüenza, a algún amigo íntimo y discreto; o si no te necesita la obediencia u otra manifiesta necesidad o algún provecho.

Mira que no creas que por tus merecimientos y trabajos recibiste algún don de Dios; mas júzgate por indigno (como en efecto lo eres) de toda gracia y consuelo, y que mereces toda afrenta y desamparo. No te compares con los inferiores é imperfectos, sino con los más santos, para que, considerada su perfección conozcas mejor cuán imperfecto eres.

Humíllate y derribate, y ponte en el último lugar después de todos los hombres, y esto sin algún doble ni fingimiento. Pero me dirás: ¿Cómo podré yo hacer eso viendo que viven muchos con tanta disolución, y que totalmente han dado de mano al temor y a la vergüenza, lo cual no hago yo ni quiero hacer? ¿Cómo, aún a esos me tengo también de sujetar? ² ¿También a esos los he de preferir a mí? Digo que también a esos. Porque si considerares que los que hoy son malos, mañana podrán ser más perfectos, y que si esos hubieran recibido de Dios los beneficios que tú has recibido, hubieran vivido más santamente; y tú, si no te hubiera prevenido Dios con gracia tan abundante, hubieras pecado más gravemente que ellos; digo que si considerares estas cosas, fácilmente echarás de ver, cuán justo es que estimes en más que a ti a cualquiera hombre por pecador que sea. ¡Oh, si supieses los secretos de Dios, con cuánto gusto les darías a todos la ventaja,

¹ I Cor, 4. Isafas, 24.

² Esta práctica sólida y útil de humillarse y tenerse por más vil que los hombres pésimos, valiéndose de piadosas consideraciones, la ensalzaron en sus acciones y escritos S. Bernardo, S. Francisco, S. Buenaventura y otros muchos santos.

con cuánta alegría servirías aun a los más ínfimos, con cuánta devoción los honrarías a todos, con cuánta aficción sin tardanza ni queja les obedecerías.

Empero otra cosa más excelente aun quiero de ti, y es que no solamente te juzgues en tu corazón, por amor de Dios, por el más ínfimo de todos los hombres y que entre todos ellos aun no mereces el último lugar, mas aun entre todas las criaturas te estimes por el último, teniéndote por vil zizaña; creyendo de ti que no mereces que te sufra la tierra ni ver la luz. Considera más profundamente cuán ingrato, infiel, tibio, inconstante, miserable y vil eres, y podrás llegar a la perfectísima humildad.

Si el demonio, antiguo enemigo de tu alma, llamare con importunidad a la puerta de tu corazón, persuadiéndote que te estimes en algo, y que te gloríes vanamente, y que te prefieras a los otros, échalo a empellones y cierra las puertas; y aunque sientas algunas tentaciones pestíferas, más nunca les des consentimiento. Porque si se lo dieres, y abrieres a ese embaidor, y te dieren gusto los deleites ilícitos, ya quebrantaste la fe que le habías dado al esposo de tu alma, y ensuciaste el lecho de tu amado, que antes estaba florido, y no podrás ser admitido a su muy dichosa familiaridad, sino fuere que echando al momento el adúltero, te humillares mucho. Y primero que de todo punto seas recibido a tu amistad, por ventura te será forzoso que lo pagues muy bien, y que seas fatigado hasta que con el azote de Dios se raigan y quiten los torpes besos que imprimió en las mejillas de tu alma aquel embustero malicioso. Mas basta lo que de esto hemos dicho.

CAPÍTULO VII

Conducta por lo que se refiere a la comida, vestido y conversación

1.- Regla para el alimento corporal.- 2. Forma de los hábitos.- 3. Gravedad y modestia en los gestos.- 4. Moderación en el hablar y silencio.- 5. Recreaciones.- 6. Evitar la singularidad.- 7. Evitar la crítica de las acciones ajenas.- 8. No poner su amor en criatura alguna.- 9. Corregirse con celo de los defectos.

1.- Dijimos hasta ahora cómo has de asistir al Oficio divino, de qué ejercicios interiores te has de aprovechar, qué traza has de guardar, y qué has de seguir y huir en ellos. Pasemos ahora a lo que nos falta por decir.

En lo que toca al sustento del cuerpo, guárdate de cualquier exceso, porque si está cargado el estómago, no estés inhabil para los ejercicios espirituales. Que no es posible, y otra vez digo que no es posible, que no aparte tu espíritu de Dios y de todo lo que importa a tu salvación, el vientre lleno y repapilado. En especial, el vino es grande impedimento, aunque no se beba en abundancia, y hasta embriagar; que al fin enciende el cuerpo, turba las cosas del alma, y estrechando la alegría del espíritu, trae cierto entumecimiento y flojedad bestial. Así que en vano procura levantarse a la vida espiritual, el que también no procura enfrenar la gula.

Corta, pues, con diligencia los deseos viciosos. Haz poco caso de que la comida o bebida de que usas sea muy exquisita o suave de su naturaleza. Si puede comerse y es razonable, ¿qué más buscas? Te llamas religioso, habías de llegarte a la mesa para sustentar el cuerpo con los dones de Dios, y no para mantener el deleite de la carne. Por tanto si te turbas y murmuras por la vileza de la comida (como te lo dije al principio, así te lo digo ahora) no eres religioso.

Si tu corazón gustase de veras de Jesucristo, ¿qué pobreza de manjares daría gusto a tu paladar por su amor? Porque el mismo Jesucristo es muy agradable salsa, aun de la suma pobreza; y si tú le amas, no te serán menos suaves los manjares groseros, sino mucho más que los banquetes reales. Por causa tuya se sustentó muchas veces el benditísimo Jesús con solo pan, teniendo hambre; y asimismo por tu causa le dieron a beber hiel y vinagre, teniendo sed.¹

Come y bene templadamente, poco a poco y con modestia, desechando totalmente cualquiera glotonería bestial. Has de andar muy sobre aviso en que no te pegues al deleite natural que procede de la comida del cuerpo, ni mires en mantener la sensualidad; porque si en eso te quisieres ocupar, ella misma te consumirá y mancillará lo interior de tu alma.

Y así como muchas veces se ha de negar a la carne lo que apetece desordenadamente, así también algunas veces se le ha de hacer fuerza para que coma lo que ella no querría, porque acaso le vendrá a dar en rostro tantico que le será necesario para conservar la naturaleza.

Y advierte que no es justo que el alma quede² ayuna y muerta de hambre, cuando come el cuerpo; guste entonces el paladar de tu corazón la palabra de Dios y la doctrina saludable, y oigan tus oídos las obras de los Santos. Si por ventura estás a alguna mesa donde no hay lección entretanto que comen, no por eso prives a tu alma del manjar espiritual; mas lo que el silencio diere lugar, habla interiormente, o con ella o con Dios, y rumía entre ti alguna cosa devota.

2.- Mira que así en el vestido como en la comida seas templado; desprecia, escupe y abomina totalmente de todo lo que es contrario a la simplicidad monástica y religiosa; y no imites a algunos muy vanos y desventurados religiosos, que se avergüenzan de su estado, y no de su maldad. Si alguna vez han de salir fuera, o ir a vista de seglares, verás que andan con

¹ Salmo 68.- Matth., 27.- Marc., 15.- Luc., 23.- Joan, 10.

² Cita y explica esto el P. Julio Nigronio en sus *Tratados ascéticos*, 4, p. I, c. 3.

grandes ansias dando de ojos, buscando cosas curiosas y muy ajenas de su profesión, y deseando vestirse tales y cuales vestidos, y los hábitos muy aderezados. Afréntanse si lo que llevan es conforme a la Regla y a las ordenanzas de los Padres. Y no procurando salir como religiosos humildes ¹, sino como hombres de palacio, delicados y galanos, sin duda que con aquel monstruoso espectáculo provocan a tristeza a los discretos y prudentes, y a grandes carcajadas de risa al demonio, porque con esta indecencia muestran claramente, que tales son en lo interior, conviene a saber, soberbios, afeminados y llenos de vanagloria.

¡Oh religiosos my ajenos de la verdadera religión! ¡Oh religiosos no religiosos, oh religiosos endemoniados! ¿Es por ventura esto lo que prometieron a Dios cuando por el sacratísimo voto de pobreza renunciaron solemnemente al mundo y a todas sus pompas y vanidades? ¿Es por ventura esto lo que enseñó con su palabra el Rey de los reyes? ¿Es por ventura esto lo que mostró con su ejemplo, cuando, vestido de pobres mantillas, tuvo por cuna un pesebre, y cuando, escarneciendo de Él, le pusieron una vestidura blanca y otra de púrpura? ¿Es por ventura esto imitar las pisadas de Jesucristo? ¡Oh confusión intolerable y extremada locura!

Ten gran cuenta contigo, hermano, no te hagas jamás sejemante a éstos; mas conténtate con la simplicidad de los vestidos, ora sea en el monasterio, ora fuera de él. Porque eso es lo que pide tu profesión.

3.- Adonde quiera has de tener recogida la vista, en especial en los divinos oficios; y no andes ligeramente y sin necesidad mirando de una parte a otra; no veas algo que pueda quitarte la atención y la pureza de tu alma. Y si no se ofreciere algún peligro, la misma disciplina monástica y religiosa pide que, ora estés sentado, ora andes, te acostumbres a tener los ojos vergonzosos y bajos. nunca pongas curiosamente los ojos en rostro alguno de persona de otro sexo.

No seas ligero, ni apresurado en el andar, especialmente en el

¹ Entiendase esta invectiva contra el exceso de buscar y llevar hábitos muy lujosos.

templo, sino es que acaso lo requiere la necesidad; tampoco fuera del templo has de ser tardo y remiso; mas anda con modestia y honestidad. Templa y modera todo tu cuerpo con una loable composición.

Muestra a todos un rostro alegre con una gravedad decente, ofreciéndote a ellos benigno y afable. Si te fatigare alguna tristeza profunda, aunque sea contra tu voluntad, disimúlala de suerte que no te muestres cetrino ni desabrido, y seas a los demás enfadoso. Cuando te fuere forzoso el reir, ha de ser moderada y religiosamente; de manera que tu risa apenas se pueda llamar risa. Huye de la risa desordenada como de notable impedimento a tu instituto, y como un profundo despeñadero de tu alma, y como quien entiende que la risa desenvuelta y sin modestia suelta las riendas a la vergüenza, y arruinando lo interior del alma, destierra del corazón la gracia del Espíritu Santo.

4.- Sobre todo has de amar la soledad y el silencio; y siempre has de estar más aparejado para oír que no para hablar. No te muestras en tus palabras arrojado, bullicioso, vocinglero, ni porfiado; y las que son buenas y verdaderas has de decirlas modesta, vergonzosa y benignamente, sin fingimiento ni dobles.

Pues no levantes la voz sin orden, ni por el contrario la bajes de suerte que con dificultad puedan atenderte, en especial si el lugar, el tiempo, la causa o la persona con quien hablas pide que sea con más claridad. Porque como la voz del religioso ha de ser siempre vergonzosa, y muchas veces baja, conforme a los estatutos de la religión, así también ha de ser, algunas veces, razonablemente clara.

Jamás afirmes fácilmente cosa alguna con tema, sino te obliga a ello algún negocio tocante a la fe, o importante a tu salvación; mas en todas las ocasiones, si alguno te contradice, ríndete o calla, o sino conviene nada de eso, di con modestia y humildad lo que entiendes que es cierto; porque así con más facilidad quitarás la ocasión de toda porfía desenvuelta. No sean tus palabras enojosas y desabridas.

Nunca digas con gusto alguna palabra con que tú puedas ser

alabado, u otro vituperado; y si la necesidad o algún provecho que se haya de seguir, pide que se digan semejantes cosas, ha de ser con una vergüenza loable, y con una intención pura.

Abomina de patrañas disolutas, como de ponzoña ordenada para tu alma; y si en tu presencia se dijeren algunos cuentos vanos, mira que no los vuelvas a referir. Jamás consientas que delante de ti se digan cosas torpes, feas y perniciosas; y cuando se dijeren, si hay oportunidad y es cordura, reprende con mansedumbre y discreción al que las dice; pero si no hay oportunidad, a, lo menos cuanto es de tu parte, corta honestamente la plática, y procura divertirla a otras cosas que no sean malas. Si es posible ni aun los oídos has de llegar a las palabras de murmuración.

5- Guárdate, no uses mal de las recreaciones exteriores o paseos lícitos; quiero decir, que uses de esas cosas con tanto recato, que te ayuden y no te impidan en el aprovechamiento espiritual. Puedes sin duda a gloria de Dios aflojar el ánimo, pero no es justo que lo dejes, para que entretanto que te adviertes y andas fuera de tu recogimiento, no se apodere de ti algún deleite contrario al espíritu u otra cualquiera pasión, y desbarate el centro de tu alma y lo hinche de alguna melancolía o desabrimiento. Aprende, pues, a perseverar dentro de ti mismo por una ingeniosa y sutil simplicidad de alma, para que, reprimido el estruendo y tabahola de pensamientos ligeros y de movimientos desordenados, guarde tu corazón en paz y libertad. Tu principal y aun todo tu pensamiento ha de ser Dios; porque no te has de contentar con que en todo lugar sea Él toda la intención de tus actos.

Ni más ni menos has de procurar en otras cualesquiera ocupaciones exteriores, no solamente con hacer tus obras con Marta a honra de Dios, discreta, devota y alegremente; sino también con que en las mismas obras que así haces fielmente a gloria de Dios, endereces con María a Él o a las cosas divinas tu alma desembarazada y libre del bullicio de pensamientos, y de la imaginación confusa de las cosas sensibles, en especial si alguna plática discreta u otra necesidad no impide a Marta, porque aun todavía se distrae en su buena intención y en sus obras exteriores por la

multitud de pensamientos vanos y muchas cosas la inquietan y turban; y aunque acaso no esté fea, pero no está hermosa todo lo que es menester. La hermosura de María es más perfecta, porque ya sabe huir el tropel de inconstantes pensamientos, y morando en la unidad y reposo del corazón procura unirse al sumo bien.

Pues cuando te ocupares en obras exteriores, no te has de contentar con que en tu intención seas recto y santo con Marta, sino que procures también el ser sencilo y claro con María. *María escogió la mejor parte y jamás le será quitada.* ¹ Tú también has escogido la misma parte, y si conforme a tu posibilidad no la conservares, no lleva el fruto que merece tu profesión. Luego en todas las cosas has de procurar la simplicidad del alma.

Si eres pequeñito en Cristo, y no puedes alcanzar a María cuando con espíritu penetra las cosas soberanas, imítala siquiera cuando se ocupa en cosas humildes; imítala cuando riega afectuosísimamente con sus lágrimas ² los pies del Señor; imítala cuando busca con grandísimo amor al Señor en el sepulcro; imítala cuando oye dulcísimamente las palabras del Señor; porque también en estas cosas tuvo simplicidad de alma. Una cosa amó, una pensó, una buscó; y la has de imitar, no tanto para que te deleites, cuanto para que agrades al mismo Señor. Porque si principalmente te buscas a ti mismo, no es tu alma ³ esposa casta de Cristo; antes diremos que es sierva vilísima del pecado por no decir que es muy torpe ramera del demonio.

Algunas veces por estas cosas humildes (si es justo que así se llamen, pues no son humildes sino totalmente altísimas), merecerás ser admitido a gozar de las soberanas y altas.

6.- Sigue a la Comunidad en todo aquello que es conforme a la integridad y perfección del estado monástico y religioso, huyendo totalmente la viciosa singularidad. Y porque moras entre hermanos que viven loablemente conforme a la muy suave aspereza de la santa Regla, has de tener por muy sospechosas las asperezas

¹ Luc., 20.

² Luc., 7.- Luc., 10.- Ioan., 20.

³ Esto es cierto cuando la delectación sensual es pecado mortal.

y vigiliat singulare: y no excedat en ellas notablemente a loe demás hermanoe, sino conocieree por revelación especial del Espíritu Santo que eaa e la voluntad de Dios.

Y no intentee nada sin el coneejo y parecer de tu superior; porque no hagaa tu cuerpo inútil y desaprovechado para laa buenas obraa, y te privee de todo punto del fruto de tu trabajo, atreviéndote a afligirlo más de lo que puede llevar. Dios te pide pureza de corazón, y no que destruyaa tu cuerpecillo. Quiere que lo sujetee al espíritu, y que no lo acabee.

De manera que el fervor del ánimo ee ha de templar con la santa discreción, así en loe ejercicioe exterioroe, como en loe interioroe. Si la voluntad eát perezosa y remisa, y como que ee entreduerme en la virtud, despiértala y dale de espuelaa: y si ee va con ímpetu a rienda suelta, dale una sofrenada y detenla.

7.- Asiste siempre en presencia de Dios con un temor santo; suenen de continuo en loe oidoa de tu corazón eaa palabraa: *Ten gran cuenta contigo*.¹ No miree con curiosidad a lo que otraa hacen, ni que talea sean aa costumbrea y ademanea, sino fuere que por ventura eát a tu cargo. Tu curiosidad y ocupación ha de eer mirar por tí. Y no quereemo decir en eeto que eetimee en poco laa faltaa y pecadoa ajenoa, y que en lo que fuere de tu parte no hagaa caao de enmendarloa, o procurar que ee enmienden: lo que aquí condenamoa e la curiosidad, no la caridad, y el celo santo de la justicia; en eaa parte no condenamoa lo que e contra la moderada firmeza del alma y contra el no fingido amor del prójimo.

Pienna simplemente que loe vicioa y faltaa que en otroa vea, u oyea, o que del todo no son verdaderoa, o a lo menoa, échalaa a la mejor parte. Y si son tan claroa que no e poeible hacer eeo, procura apartar de elloa loe ojoa y el pensamiento, y poniéndoloa en tua pecadoa, si tienea lugar ruega humildemente a Dios por tí y por elloa: porque así con más facilidad te ecabulliráa de aoepechaa inquietaa y juicioa temerarioa.

Asimismo te haa de guardar, muy mucho, de gozarte jamás de ningún pecado ajeno por liviano que sea, ni de ningún trabajo,

¹ 1 Tim., 4.

consintiendo en ello la razón: mas llora delante del Señor por tu hermano, porque somos miembros unos de otros, y un mismo cuerpo, y todos redimidos con la misma sangre. Aprende a no airarte, sino a compadecerte de los defectos ajenos, y a sufrirlos con paciencia, ora sean corporales, ora espirituales. Porque está escrito: *Llevad los unos las pesadumbres y defectos de los otros, que así cumpliréis la ley de Cristo* ¹

Todo lo que hallares en otro de gracia celestial, no te ha de mover a envidia satánica, sino a fiel imitación, y a una piadosa alegría: y aunque veas que te falta el bien espiritual que otro tiene, con todo eso te has de alegrar entre ti mismo de que Dios sea honrado por él; y no has de ser menos solícito en dar gracias al Señor que si el bien fuera tuyo; y en efecto lo será sin duda, y tú serás premiado de lo ajeno, como si fuera propio; y aun te será propio.

8.- Gobierna de tal suerte tu alma que no desees agradar al mundo, ni temas desagradarlo. Ninguna cosa has de amar en el hombre, aunque sea muy allegado tuyo, fuera de Dios, o de su gracia y obras; y por el contrario ninguna cosa has de aborrecer sino los vicios y pecados. Jamás estés dispuesto para hacer ninguna ofensa a Dios, aunque sea ligerísima, por hombre ninguno, por más allegado y amigo tuyo que sea, ni por más beneficios que hayas recibido de él, o que quieras favorecerle, lisonjearle, o darle gusto en algún pecado.

Nunca desees con grandes ansias la presencia o conversación de algún hombre, sino fuere para tu aprovechamiento espiritual: y aun así realmente no será buena la perpleja y demasiada solicitud. Ama a todos los hombres, pero con amor espiritual, y no sensual; porque de ahí procederá que no te angustie demasiado la ausencia corporal de los justos, o amigos, ni te aflija indiscretamente la presencia corporal de los malos o enemigos; y más que aún no tendrás enemigo ninguno, antes amarás a los que te persiguen como a solícitos agentes y muy queridos procuradores de su salvación.

Todo lo que ves, oyes y percibes que causa deleite, y que mere-

¹ Gálatas 5.

ce singular admiración, ora sea del orden y disposición natural, ora sea del arte o industria humana, has de referirlo a gloria del sumo Creador, o al estado de la bienaventuranza, para que te deleites en el Señor. Siempre has de tener por sospechoso cualquiera deleite sensual, venga de donde viniere: porque si por él te buscares a ti mismo, y te pegares a él, serás enlodado y manchado.

9.- Abomina totalmente el afecto de todos los pecados, por más ligeros que sean; y si acaso te cogen de repente, y se anticipan, y por tu flaqueza caes, no te aflijas indiscretamente con desordenada pusilanimidad, sino confiesa humildemente tu culpa delante del Señor, y renovando tu buen propósito, y cobrando piadosamente confianza, arroja con grande afecto todas tus negligencias en el abismo de sus misericordias, o en sus sacro-santas llagas. Mientras vives en la casa de barro de tu cuerpo, podrás mortificar en ti los afectos de los pecados menores, pero no es posible ¹ que de todo punto excuses las caídas.

Aunque los buenos religiosos caigan algunas y aun muchas veces, mas siempre aborrecen el caer, y se guardan de ello, y después de haber caído, les pesa mucho. Empero los malos religiosos caen, y no aborrecen el caer, ni se guardan de ello; porque no procuran mortificar los afectos de las culpas ligeras ², ni huir las ocasiones. Desean una libertad de vida más ancha; huélganse de faltar al oficio divino, y a los demás actos conventuales; desean manjares y vinos delicados y superfluos. Buscan oportunidad para hablar dislates y devaneos; procuran consuelos de risas desordenadas; desean mucho oír cosas curiosas para sus necesidades; creen que la propia complacencia, la necia alegría, la ociosidad, las palabras vanas, las chocarrerías, los ademanes y actos descompuestos, y otros vicios semejantes, o que no son vicios, o que apenas lo son; y así los cometen sin algún escrúpulo de conciencia siendo verdaderamente insensibles. Se tienen por sanos, estando cargados de heridas; y por eso no

¹ Jacob., 3.- Trid. ses. 6, can. 23.

² Triste cuadro de los vicios del religioso imperfecto.

procuran llorar sus males y pecados, ni enmendar su mala vida. ¿Y qué dicen? Que esas no son heridas; o si lo son, son muy pequeñas, o casi ningunas.

¡Oh religiosos desventurados, oh religiosos locos! ¡oh religiosos, no religiosos! Pues por más pequeñas que parezcan las heridas, como no se guardan de recibirlas, y después que las recibieron no aplican el remedio necesario, se hacen llagas totalmente ¹ mortales; por no decir que de semejante descuido suelen también caer en soberbia, rebeldía, desobediencia, murmuración, furor, en decir mal, en odio, envidia, desprecio, gula y en otros pecados muy graves.

No quieras, hermano, no quieras imitar a éstos: porque no son de los verdaderos discípulos del Crucificado, y de los amigos queridos de Dios, ni lo podrán ser, mientras no dejaren de ser lo que son, Tú hermano, ten más cuenta contigo, deja, aparta, destruye, y da de mano a todo aquello, que, siquiera un punto, puede desviarse del divino amor. Date prisa por alcanzar la perfección de la vida, la cual se alcanza por la general mortificación de si mismo, como por un cierto y singularísimo atajo.

¹ Los pecados veniales, si se cometen en gran número disponen próximamente al alma al pecado mortal; aunque los pecados veniales, por muchos y graves que sean, no puedan llegar a ser formalmente mortales, según la sentencia común de los escolásticos . Thom. 1, 2, q. 88. , art. 3.

CAPÍTULO VIII

La mortificación es el compendio de la perfección

1.- Negarse a si mismo y ser humilde es un breve camino para la perfección.- 2. Feliz el alma que desarraiga toda propiedad en sí misma.- 3. Obligación del religioso a tender a la perfección.- 4. Exhortación para que lo haga.- 5. Puntos del examen de la noche.

1.- ¿Quieres oír en pocas palabras que mortificación sea esta? ¿quieres oír aquel atajo cierto? Yo te lo diré, yo te lo mostraré: estate atento. Desnúdate de toda propiedad. Ves aquí el atajo. Desnúdate de toda propiedad, quiero decir, que te desnudes de toda propia voluntad y propio gusto, y de lo que heredaste del viejo Adán.

Y para que entiendas mejor lo que se dice, quiero poner esto mismo algo más a la larga. ¿Te has obligado a la guarda de la pobreza? Mira que seas pobre. ¿Cómo pobre? Pobre de las cosas y más pobre de los afectos de ellas, y de las pasiones del alma; pobre de espíritu. Si todavía amas o deseas algo por propiedad de afecto o sensualidad; si todavía te buscas en alguna cosa, aún no eres voluntariamente pobre, aún no puedes decir a Dios con San Pedro: He aquí que hemos dejado todas las cosas, y que te hemos seguido ¹. Desembarázate, deja todas las cosas, desnúdate de toda propiedad. No has de tener en el corazón pegada ni asida cosa ninguna que no sea Dios, has de estar libre y exento de todas las cosas que son fuera de Dios, de suerte que ni te goces neciamente por las cosas alegres, ni pierdas demasiadamente el ánimo por las tristes; y ya sea que no te den lo que no tienes, ya sea que hayas

¹ Matth., 19

perdido lo que tenías, en ambas cosas guarda en tu alma un estado firme y quieto.

Así que has de negar totalmente por amor de Dios todas las cosas sensibles, y a ti mismo. Quiero decir, que mortifiques en ti el mal deseo, el deleite, la ira, y el desabrimiento natural, y te resignes en todas las cosas adversas y prósperas en la voluntad divina, sin que haya de tu parte contradicción alguna.

Ya te he mostrado el atajo, ya te he mostrado cómo la general mortificación de ti mismo es un desprecio general de toda propiedad, esto es, un deshacerte y envilecerte a ti mismo. Porque sin duda que la misma humildad es este atajo por donde irás derecho a la cumbre de la perfección; y la caridad y pureza es esa cumbre.

Pero me dirás: ¿Cómo sabré yo si he llegado a esa cumbre y altura de la perfección? También te mostraré eso. Si morando en el continuo silencio de tu corazón, como en un puerto muy sosegado, guías y pones en Dios con grandes ansias tu alma libre de todo cuidado desordenado, de toda afección, de toda fuerte imaginación de las cosas temporales y bajas, y finalmente, de toda inquietud y bullicio; de suerte que tu memoria, tu entendimiento y tu voluntad, quiero decir, todo tu espíritu esté venturosamente unido al mismo Dios, entonces posees la sobredicha cumbre; porque esta es la suma de toda la perfección.

Y aunque entre tanto que estamos cercados de esta carne corruptible no podemos tener de continuo el entendimiento y la memoria ocupados en la contemplación de Dios; mas nos importa que por la intención estemos siempre fijos en Él; y aquí debemos acudir con diligencia como a nuestro fin y paradero, todas las veces que nos derramamos en pensamientos inútiles, livianos y descompuestos. No nos apartamos de la contemplación de Dios cuando leyendo, meditando, escribiendo, oyendo y hablando, tratamos de cualesquiera cosas contemplativas y espirituales provechosa y sencillamente; ni tampoco nos apartamos muy lejos de Él, cuando a su tiempo conforme a la necesidad oímos, hablamos y pensamos con la misma sencillez y modestia cualesquiera cosas exteriores.

2.- ¡Oh, cuán aventajado filósofo serás, o cuán sabio, o cuán insigne teólogo, o cuán dichoso y bienaventurado una y muchas veces, si recibes estas cosas no solamente con los oídos corporales, sino también con los del espíritu, y con un encendido deseo de la verdadera mortificación llevas el hacha a la raíz del árbol! ¿Qué árbol es este? Esa misma propiedad de que antes hablábamos. ¿Qué hacha es esta? Ese mismo fervor del ejercicio interior y espiritual; pero el hacha principal es la continua memoria de la Pasión del Señor, y las ordinarias aspiraciones a Dios con una pronta obediencia, y con una templanza discreta en el comer. Esta por cierto que es hacha aguda, hacha bendita, hacha muy agradable, hacha que acarrea todos los bienes y toda pureza, hacha que resplandece como el oro, y que está adornada de piedras preciosas. Mas el árbol, es árbol maldito, árbol lleno de frutos muy amargos, árbol de todos los males, que produce y cría todo desconcierto, árbol oscuro y tenebroso. En ti, como en todos los hombres está este árbol; en ti está, y mientras durare en ti, no habrá en ti luz perfecta. Pues si deseas ver claramente el serenísimo resplandor del sol de justicia, corta este árbol, y arrójalo de ti. El es muy grueso y duro; no se derriba del todo a los primeros golpes, ni en el primer día, ni por ventura el primer año, ni aun acaso en mucho tiempo; es necesaria perseverancia y sufrimiento.

Y como el oro naturalmente camina hacia bajo, y la llama del fuego a lo alto si no tiene algún impedimento; así el alma que ya está apurada y purificada de toda propiedad, y que solamente busca la divina voluntad, naturalmente se levanta en busca de su principio que es Dios, y más libremente se junta a él. Empero el alma que en algo está desnuda, aunque ella también acuda a su principio, y en alguna manera sea esclarecida del cielo con el resplandor de la luz eterna; mas como no está quitado todo el impedimento, no puede libremente pasar, correr, y ser anegada en el abismo de la luz eterna; quiero decir, que no se puede libremente unir a Dios, su bien sumo.

Y aunque el benignísimo Señor, a las veces levante a algunos a su amor por un camino más suave sin muchas tentaciones; pero

ninguno, por más rico que se halle de dones espirituales, confió fácilmente que ha llegado a la perfecta resignación de sí mismo, si en efecto no ha sufrido muchas y gravísimas tribulaciones, y si sufriendolas, no ha guardado una quietud y libertad perfecta de alma.

Muchos por cierto parecen devotos, sufridos y humildes mientras no reciben alguna reprensión, injuria, daño, tentación, ni molestia; mas en llegando alguna de las cosas sobredichas, luego con su impaciencia y cólera muestran soberbiamente cuán mal mortificados están en lo interior. Pues antes que nadie se persuada que ha llegado a la verdadera mortificación, es necesario que sufra de buena gana y con reposo muchas y diferentes tribulaciones.

Imagine que no ha llegado a poderlas sufrir, el que no está perfectamente probado con ellas; porque si hubiera llegado a ese punto, sin duda que no le hubiera faltado ocasiones de diferentes pesadumbres y molestias. Dios en efecto se huelga mucho de adornar con muchas aflicciones, como con perlas muy preciosas, el alma que secreta y perfectamente está unida con Él; y de llevarla por ese camino a hacerla de veras semejante a Jesucristo.

Pues el que despojado de toda propiedad, en todas las cosas conforma totalmente su voluntad con la de Dios, y con su disposición, y está igualmente dispuesto para recibir por amor de Dios cualquiera adversidad, afrenta y desamparo de dulzura interior, así como la abundancia de cualquiera prosperidad, honra y devoción; digo, que el que llegó a este punto, de que con gusto y gozo interior puede sufrir cualquiera tentación y tribulación, ese tal halló una piedra preciosa, ese tal llegó a la más alta cumbre de la perfección. Porque en cualquiera lugar y negocio está unido con Dios, y con el alma corre dulcísimamente en él. Siempre anda puro, quieto, simple, alegre y suave en la luz del rostro del Señor; y cuando quisiere, puede llegarse a la suma contemplación con tanta facilidad, con cuanta vive y respira. No es posible decirse, qué sea aquello que recibe del cielo en este valle de miserias, y a qué cosas le admite Dios familiarmente; porque son inefables. El que así es, alabe a Dios, y confiese que Jesucristo sacó al men-

digo del polvo de la tierra, y de lo más ínfimo y bajo levantó al pobre ¹, cuando en este suelo, de un hombre asqueroso hizo un ángel semejante a Dios.

3.- Acaso me dirás: Muy levantada está de mí esa perfección; y porque no parezca que trabajo en vano, no quiero extenderme ni procurar alcanzarla. Mas yo te responderé, que si haces eso que dices, no eres religioso. *Porque aunque no estés obligado a procurar todo lo que pudieres acercarte a ella. Lisonjéate, como quisieres lisonjarte; persuádetelo que quieras persuadirte; finge y traza las excusas que quisieres fingir; que obligado estás a caminar con todas tus fuerzas a la perfección. Ello es así, y no de otra manera, si hasta aquí no lo sabías, ves ahí que ya lo sabes. Tú mismo lo prometiste y te obligaste, atado y obligado has de estar. ² *

No puedo, dices, llegar a tanta perfección. ¿Qué quiere decir semejante desconfianza? ¿Por ventura no sabes que puede hacer más la virtud divina, que puede ni aún siquiera imaginar la flaqueza humana?

Confieso que no podrás llegar por tus fuerzas, mas puede Dios llevarte. Fía de Dios, espera en Dios, y no en ti; confía en la gracia y ayuda de Dios, y no en tus fuerzas; y para que Dios te ayude con su gracia, mira no te faltes a ti mismo por tu descuido y flojedad. Haz lo que es de tu parte, descubre las manos, estira los brazos, anímate para la destrucción de los vicios, y para la negación perfecta de ti mismo, recoge el corazón, ensancha el deseo, levanta el alma a la contemplación de las cosas eternas, acostúmbrate adonde quieras a considerar que Dios está presente.

Y para que puedas hacer esto mejor, pon cada día delante de los ojos alguna parte de la Pasión del Señor, como lo mostramos en el ejemplo que arriba ³ pusimos; y vuelve allí de continuo los ojos interiores, mezclando a veces algunas pláticas dulces con Jesucristo o con tu alma, tratando del mismo dulcísimo Jesús.

¹ Salmo 112.

² Lo encerrado entre asteriscos se aplica especialmente a los religiosos.

³ Cap. 4º.

Ocupa, pues, de continuo tu pensamiento, todo lo que cómodamente pudieres, en alguna cosa divina. Este sea tu fin y paradero, éste el blanco de tu alma; trabaja en esto sin cesar, con una solicitud quieta y apacible.

Y aunque a cada momento (hablando así) te derrames, y caigas de tu buen propósito, no por eso desmayes y te acobardes, sino ten firmeza, y acude siempre a lo mismo. Sin duda que vencerás la pesadumbre de la dificultad con la perseverancia en el trabajo. Y asimismo sentirás muy en breve que aun ese trabajo te es más apacible y aun agradable y nuevamente engendrado con la novedad de una luz no experimentada, comenzarás a gustar los regalos que están guardados para los santos. Ya no serás el que solías; antes mudado venturosamente en otro hombre y vestido de cierta gracia angélica, tendrás ahora en mucho lo que antes menospreciabas y menospreciarás ahora lo que antes tenías en mucho. Lo que antes desordenadamente te había agradado, ahora te dará en el rostro, y lo que desordenadamente te daba en el rostro, ahora te agradará; y ahora llevarás de buena gana y con mucho gusto lo que antes te parecía insufrible. ¡Oh, qué deleitosa transformación! ¡Oh, que mudanza de la mano derecha del altísimo Dios! Y al fin, mudándose en naturaleza la buena costumbre, y ocupando más perfectamente el divino amor lo íntimo de tu corazón, realmente que ni trabajo sentirás: sino que como primero sin trabajo pensabas cosas torpes, sucias, indecentes, desvariadas, vanas, inconstantes y semejantes al sueño, así podrás ya llegarte a Dios y a las cosas divinas sin trabajo ninguno. Porque es forzoso que el alma acuda muchas veces a aquello que ama mucho el corazón.

¡Ay! y otra vez digo ¡ay de los religiosos perversos, tibios y negligentes, religiosos en el nombre y no en la vida, que no haciendo caso de la reverencia de su estado, y quebrantando los votos, no tienen vergüenza ni temor de estar tendidos en el muladar de su descuido, de su vanidad y de sus pasiones!

Empero ¡bienaventurados, y otra vez bienaventurados aquellos religiosos que, aunque son imperfectos y pequeñitos, con todo

eso aspiran a la perfección y la procuran! Porque claro está que son de los hijos adoptivos de Dios, a quien el piadoso Jesús consuela diciendo: *No temáis, pequeña grey, porque se complace vuestro Padre en daros su reino.*¹ Esperen la muerte con seguridad, aunque estén en los principios de su santo propósito, porque será de mucha estima² delante de Dios. Esperen con seguridad la muerte, aunque se hallen aún en los principios del propósito santo; para ellos no será muerte, sino un sueño de paz, un término y fin de la muerte, un paso de la muerte a la vida.

4.- ¿Qué dices, hermano mío? Estás todavía titubeando? ¿Estás todavía dudoso? Ea, ruégote ya; que no te detengas, mas tomando con esta seguridad el camino de la salud eterna, apercibe tu alma para sufrir las tentaciones sin temor alguno. No te atemorice ningún color de dificultad. Dí con alegría en cualquiera tribulación interior o exterior que te sucediere: *Hágase la voluntad del Señor*³. Aunque sea forzoso sudar mucho y mucho tiempo, y luchar fuertemente, primero que totalmente acabes de vencer y derribar al hombre viejo, en ninguna manera te turbe eso. No pongas los ojos en el trabajo, sino en el fruto que trae.

Créeme que la soberana piedad adonde quiera ayudará al que trabaja y le favorecerá benignamente: dará ánimo al temeroso, esforzará al que titubea, acogerá al desechado, dará la mano al que se desliza, levantará al caído, consolará al triste, y muchas veces derramará en él el preciosísimo bálsamo de la dulzura interior.

Y si perseverares, necesariamente se rendirán las fuerzas de las tentaciones a las del divino amor; y esas mismas tentaciones y tribulaciones ya no serán pesadas ni amargas, sino ligeras y suaves; entonces, finalmente, verás todo el bien; y aun en esta vida hallarás el paraíso.

Esto digo que será si perseverares y no fueres del número de aquellos que comienzan bien, empero burlados con los halagos del demonio, o fatigados con la molestia de las tentaciones y

¹ Luc., XII, 32

² Salmo 115.

³ Act., 21.

trabajos, fácilmente dejan después el buen propósito. No quieren ser oprimidos del peso de la tribulación, y así al tiempo de la aflicción se escandalizan en el Señor, y apartándose de Él, parece que en alguna manera dicen: *Recio negocio* ¹ *es éste: ¿quién podrá con él?* Sin duda que no edifican sobre piedra firme, sino sobre arena movediza, y por esto fácilmente el primer viento y a la primera avenida su edificio da en el suelo. Y pluguiese a Dios que ellos echasen de ver sus caídas; y aun por ellas no perdiesen el ánimo, antes pusiesen diligencia en renovar el edificio caído; no fundado sobre arena, sino sobre piedra.

Hermano mío, si (lo que Dios no quiera) sucediere que tu edificio se caiga, repara luego lo caído, y vuélvelo a edificar mejor de lo que antes estaba. Aunque se caiga dos veces, aunque sean diez, aunque sean ciento, aunque sean millares de veces, y muchas más repáralo tantas cuantas cayere. Jamás desesperes de la misericordia de Dios. Porque no hay multitud innumerable de pecados espantosos y graves que de tal modo haga que Dios no se aplaque ni perdone, como una desesperación: porque el que desconfía del perdón, niega que Dios es misericordioso, y este es blasfemo contra el Espíritu Santo. No podemos estar nosotros tan dispuestos para pecar, cuanto lo está el Señor para usar la misericordia. Cualquiera cristiano lo ha de sentir así.

5.- Y porque con la demasiada proligidad no enfaden las cosas que decimos, es necesario detener la pluma y no pasar adelante en la navegación comenzada. Y entre tanto que se recogen las velas, no será inútil decir brevemente lo que al fin de cada día es razón que hagas. pues cada día antes que te vayas a dormir, piensa muy de veras, aunque sin fatigar demasiadamente el espíritu, en qué has faltado aquel día, y pide perdón al misericordiosísimo Dios, proponiendo de vivir mejor de ahí en adelante, y de huir con más diligencia los pecados. Pídele luego que tenga por bien de guardarte aquella noche el alma y el cuerpo de cualquiera pecado, encomendándole la guarda de esas dos cosas a Él y su sagrada Madre, y a tu santo ángel custodio. Finalmente, metiéndote en la

¹ Ioan., 6.

cama, ármate con la señal de la cruz y poniendo tu cuerpo honesta y castamente, suspira por tu amado, rumiando alguna cosa divina hasta que venga el sueño.

El cual si fuere pesado y diere al cuerpo más molestia que descanso, y si por algunos sueños carnales cayeres en alguna torpeza, no te entristezcas demasiado; mas gime con humildad delante del Señor, y pídele con oración humilde que te dé templanza en el comer y en los demás sentidos, de lo cual se suele seguir el sueño moderado y la pureza del cuerpo.

Esto tuve, hermano, que enviarte. Me pediste un espejo: mira si has recibido Espejo. Si en algo siquiera, se ha cumplido con tu deseo, Dios sea bendito; y sino, también sea bendito. He dado lo que el Señor me ha dado; y sea lo que fuere, lo que te ruego es, que de cuando en cuando lo leas. Dios te dé salud, y ruega por mí.

JOYEL ESPIRITUAL

ADVERTENCIA

Para preparar la presente edición del JOYEL ESPIRITUAL, cuya lectura juzgamos muy provechosa a las familias cristianas por la unción y piedad que respira todo él, hemos revisado el texto español del P. Alfaro, ajustándonos a la edición latina de las obras de Blosio (1726). Según ella, hemos puesto los títulos de los capítulos, adoptando también igual división en los números de los mismos.

Santo Domingo de Silos y Noviembre de 1907.

PREFACIO

Importa amonestar al lector que no siga el perverso juicio de algunos hombres, que haciendo poco caso de las revelaciones y visiones divinas, se muestran poco espirituales y humildes. Porque no es razón que se tengan en poco las revelaciones con que Dios muestra cuán maravillosamente es alumbrada su Iglesia. Es cosa cierta que aprendieron la verdad sin error los Santos Profetas, (en los cuales cayó el divino Espíritu como un dulcísimo arroyo), por revelaciones. Y encareciendo el Apóstol San Pablo a los Gálatas ¹ la Majestad del Evangelio que pre-dicaba, afirma que no lo recibió *de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo*. Finalmente, la Sagrada Escritura está llena de revelaciones, y siempre pudo y podrá el Señor obrar en las almas limpias de sus escogidos lo que quiere. Así que reciba el devoto lector con humildad y con ánimo agradecido las revelaciones que aquí se pusieren, porque de esa manera sacará gran consuelo y fruto de ellas.

¹ Gal. I.

CAPÍTULO PRIMERO

De la inmensa clemencia de Dios, y de la benignidad de la Madre de Dios para con los pecadores, manifestada con varias revelaciones.

1.- El divinísimo Dionisio Areopagita, en una carta que escribió a Demófilo, mostrando cuán grande sea la benignidad y clemencia de Dios para con los pecadores, y cuánto desea el buen Señor su salvación, cuenta una hermosa visión que a este propósito se le mostró a San Carpo Obispo (a quien Dios revelaba muchas cosas) y que el mismo Carpo se la había contado a él. Como un hombre infiel apartase de la fe de la Iglesia a un cristiano, el sobredicho Carpo, que se había de compadecer de ambos, y rogar beniguísimamente a Dios por ellos, se indignó contra ellos grandemente. Por lo cual pedía a Dios que los acabase a entrambos con alguna muerte repentina, no pudiendo sufrir que viviesen hombres tan abominables, que estragaban los caminos derechos del Señor. Estando en esto, alzó los ojos hacia arriba, y vió el cielo abierto, y a Jesucristo sentado en un trono, acompañado de innu-

merables ángeles. Y en bajando los ojos, vió una balsa profundísima, en donde había gran multitud de serpientes. Y en la boca de aquella balsa o tragadero, estaban temblando porque se les iban deslizando los pies, y en suma miseria, aquellos dos hombres, a quien tanto mal había deseado. Y como recibiese gran pena en ver que no los acababa de tragar aquella profundidad, levantando a lo alto los ojos, vió que movido de misericordia el clementísimo Jesús se levantaba de su celestial silla y bajaba a ellos, y les daba su benignísima mano, y que juntamente le ayudaban los ángeles. Volviéndose entonces Jesucristo a Carpo, le dijo: “Carpo, otra vez estoy dispuesto a padecer por salvar a los hombres; y esto es para mí de grandísimo gusto con tal que los demás hombres no pequen. Y mira tú si tendrías por mejor aquella estancia con aquellas serpientes, que la compañía de Dios y de los buenos y piadosos ángeles”. Añade luego Dionisio estas palabras: “estas son las palabras que yo oí, y creo que son verdaderas”.

2.- Fué una vez enseñada del cielo la virgen santísima y muy querida de Dios, Gertrudis o Trutha, que mirando el hombre con atención la imagen de Jesucristo Crucificado, el mismo Jesucristo con una suave y blanda voz le dice: “Vesme aquí como por tu amor fuí colgado en esta cruz, desnudo, despreciado, todo mi cuerpo llagado, y todos mis miembros lastimados. Y mi corazón esta aún todavía tan preso de tu amor, que si fuese necesario para tu remedio y no pudieses de otra suerte alcanzar la bienaventuranza eterna, querría por ti solo padecer, ¹ lo que por todo el mundo padecí”. ²

3.- Dijo Cristo nuestro Señor, oyéndolo en espíritu Santa Brígida: “Yo soy la infinita caridad: porque todas las cosas que hice desde el principio del mundo las hice por caridad; y todas las cosas que hago y haré de aquí adelante, también proceden y procederán de mi caridad. Tan grande es igualmente y tan incomprensible el amor que tengo ahora al hombre, como era al tiempo de mi pasión, cuando por mi muerte libré con mi excesiva

¹ (S. Pablo. *Tradidit semetipsum pro me*, Gal., II.)

² Lib. 3. *Insin.*, c. 41.

caridad a todos los escogidos. Y si se pudiese hacer que tantas veces muriese cuantas almas hay en el infierno, yo con voluntad prontísima y con caridad perfectísima entregaría mi cuerpo, y sufriría la misma pasión y muerte por cada uno de ellos, que sufrí por todos”¹. Estas palabras dijo Cristo. Ves aquí cuán tierna y decididamente ama Dios al alma racional, y cuanto desea que todos alcancen la celestial bienaventuranza. Empero el mismo Señor crió noblemente al hombre a su imagen y semejanza, dándole razón y voluntad libre, para que si quisiese obedecer y servir a Dios, recibiese en el cielo premio eterno; y que si no quisiese, recibiese en el infierno eterno castigo; y esta es justicia.²

Mas aquel que pecando despreció a Dios y no le obedeció, si por caridad y penitencia verdadera se convierte a él, por muchos y graves que sean sus pecados, lo recibirá Dios en su gracia y no se condenará, como perseverare en el bien; y esta es misericordia.

4.- Como estuviese una vez pensando entre sí Santa Gertrudis qué podría decir a los hombres que les fuese más útil, de los secretos que había aprendido de Dios; acudiendo el mismo Señor a sus pensamientos, le respondió: “Mucho haría el caso que los hombres supiesen y tuviesen siempre en la memoria que yo, hijo de la Virgen, asisto por su remedio delante de Dios Padre; y todas las veces que ellos por su flaqueza pecan por pensamiento con su corazón, le ofrezco yo al Padre en satisfacción mi puro y limpio corazón; y cuando pecan por obra, le ofrezco mis manos horadadas; y de la misma suerte, en cualquiera cosa que ellos pecan, luego con mi inocencia aplaco al Padre, para que haciendo ellos penitencia, les sea siempre fácil alcanzar perdón de sus pecados”.³

5.- Orando la santa virgen Mechtilde por cierto hombre con quien estaba enojada, porque no se quería enmendar, y estaba casi incorregible, dijo el Señor a la misma Santa: “Ea, escogida mía, apiádate de mí y ruega por los miserables pecadores, los cuales compré con tan caro precio, y los espero con tanta longanimidad

¹ Lib. 7. Rev., c. 19.

² Salmo XXIV, 10

³ Lib. 3. Insin., c 40.

deseando grandemente que se conviertan a mi. Vesme aquí que como algún día me ofrecí en sacrificio en el ara de la Cruz, así ahora con el mismo amor asisto delante del Padre eterno por los pecadores, porque deseo grandemente que el pecador se convierta a mí y viva por verdadera penitencia”¹

6.- Dijo el Señor otra vez a la misma santa virgen Mechtilde de cierta persona devota: “Cuando por la flaqueza humana hizo algún pecado, si luego por la penitencia se convirtiere a mí fiando de mi misericordia, estoy preparado para perdonarle toda la culpa a un solo gemido”.²

7.- La santa virgen Gertrudis entendió una vez del Señor: Que si a alguno le pesa prestamente de todos sus pecados, así de comisión como de omisión, y con todo corazón se sujeta a obedecer a los mandamientos de Dios: es delante de él tan verdaderamente santificado, como fué sano aquel leproso, que diciéndole a Cristo: “Señor, si quieres, me puedes limpiar”, le respondió Cristo: “Quiero; queda limpio”.³

8.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Mira que seas constante y humilde. Cuando te muestro los peligros ajenos, no te ensoberbezcas, ni descubras sus nombres, si no te fuere mandado. Pues no lo hago yo para su confusión, sino para que se conviertan y conozcan la justicia y misericordia de Dios. Tampoco has de huir de ellos como de gente ya condenada, y echada en el infierno; porque si el que ahora es muy malo, me pidiere favor, con dolor y voluntad de enmendarse estoy aparejado para perdonarle luego. Y aquel a quien ayer llamé muy grande pecador, le llamo hoy grande amigo, por la contrición verdadera; y si fuere perfecta y firme, no solamente le perdonaré el pecado, sino también la pena⁴ que debía al pecado”.⁵

9.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Ninguno hay tan grande

¹ Lib. 4. Sprir. gratie, c. 24.

² Lib. 3. Sprir. gratie, c. 43.

³ Lib. 3. Insin., c. 30. Luc., 5.

⁴ D. Thomas, p. 3; in Supplem, q. 5, art. 2.

⁵ Lib. 3. Tev., c. 26.

pecador, que si se arrepintiere de veras, no le conceda luego indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, y con tanta clemencia y dulzura me regalaré con él, como si nunca hubiere pecado”.¹ ¡Oh piedad inefable de Dios! Luego si alguno (como dice un santo) negase que Dios estaba aparejado para perdonar los pecados a los verdaderos penitentes, aun tantas veces cuantos momentos tiene el tiempo, verdaderamente que procuraría quitar a Dios grande honra.

10.- Dijo otra vez el Señor a la misma virgen Mechtilde: “Aunque las estrellas, quiero decir, las almas de mis escogidos sean a veces muy oscurecidas con la nube de los pecados y con la tiniebla de la ignorancia; mas en su firmamento, conviene a saber, en mi divina luz, no pueden ser oscurecidas. Quiero decir, que aunque mis escogidos muchas veces se envuelvan en grandes pecados, siempre los miro con aquella claridad que los escogí, y los considero en aquella claridad a que han de llegar. Luego muy bueno es que el hombre piense muchas veces con cuánta piedad lo escogí, y cuán bien haya tratado sus negocios, y cuán amorosamente haya mirado por él, y puesto en él los ojos, aun cuando estaba caído en sus pecados. Y cuán benignamente haya trocado sus males en gran provecho suyo”² ¡Oh alteza de la Sabiduría de Dios, que no es posible escudriñarse, que por tantos y por tan maravillosos caminos procura convertir y atraer a sí el corazón del pecador, no dejándole lugar para que desespere!.

11.- Como oyese en un sermón la santa virgen Gertrudis, que nadie se podía salvar sin tener siquiera un poquito de verdadera caridad, para que por su amor de Dios le pesase de sus pecados, y se apartase de ellos; ella pensaba entre sí que salían muchos de esta vida, que parece que les pesaba más por temor del infierno, que por amor de Dios. Estando, pues, revolviendo estas cosas en su corazón, le respondió el Señor de esta manera: “Cuando aquellos que alguna vez se acordaron de mí dulcemente, o hicieron alguna obra meritoria, los veo estar agonizando, en el

¹ Lib. 4. Sprir. gr., c. 26.

² Eod., lib. 4, c. 11.

mismo artículo de la muerte, allí me muestro con ellos muy piadoso, amable y benigno, para que de lo íntimo de su corazón se duelan de haberme algún día ofendido; y con semejante penitencia se disponen para alcanzar su salvación, y no se condenarán”.¹

12.- Dijo una vez el Señor a la gloriosa Mechtilde que estaba considerando cuán inmensa era su divina piedad: “Ven y mira al más mínimo de los bienaventurados, que están en el cielo: porque en él podrás conocer mi piedad”² Pues como ella mirase con atención deseando saber quien fuese aquel de quien le decía el Señor, le salió al camino un varón de aspecto y dignidad real, y de edad florida, el rostro hermoso y resplandeciente, y muy amable, díjole la Santa Virgen: “¿Quién eres tú? Y ¿cómo llegaste a tanto gozo y a tanta gloria?” Respondió él: “Yo era en el mundo un ladrón y malhechor, empero porque los males que hice, más era por cierta ignorancia y costumbre, o mal hábito heredado de mis padres, que por malicia, al fin por la penitencia alcancé misericordia. Pero estuve en el Purgatorio cien años padeciendo grandes tormentos para que fuese purgado; y ahora solamente la piedad de Dios me trajo a este descanso”. Así conoció la santa virgen Mechtilde la piedad de Dios en aquel que era el último de los bienaventurados. Porque si a aquel, que tan mal había vivido, le hizo el clementísimo Señor tanta merced, ¿qué les dará a los que viven justa y santamente?

13.- Hablando el Señor con la virgen Santa Catalina de Sena, le dijo: “Mucho más me ofenden, y mucho más disgusto me causan los pecadores que a la hora de su muerte desesperan de mi misericordia, que con todas cuantas maldades cometieran en toda su vida. Porque el que desespera, claramente desprecia mi misericordia, y juzga perversamente que es mayor³ su malicia que mi bondad y misericordia. Y así, impedido de semejante pecado, no le pesa de las ofensas que ha cometido contra mí, sino de que su daño sea irremediable. El cual si de veras se doliese de

¹ L. 1. Spir. gr., c. 59.

² Lib. 1. Spir. gr., c. 59

³ Genes., IV.

haberme ofendido y despreciado, y fielmente esperase en mi misericordia, sin duda ninguna que la hallaría, porque esa misericordia es infinitamente mayor que cuantos pecados jamás se cometieron, ni pueden cometerse por alguna criatura.¹

14.- Empero, no basta dolerse de los pecados, sino que es también necesario confesarlos al sacerdote competente, conforme al mandamiento de la Iglesia, salvo si la necesidad no diere lugar a semejante confesión. Sobre lo cual dijo Cristo a Santa Brígida: “No hay pecador por grande que sea, a quien yo niegue mi misericordia, si con humilde y perfecto corazón me la pide. De manera que los pecadores que quisieren reconciliarse conmigo, y alcanzar mi gracia y amistad, primeramente se han de doler de todo corazón por haberme ofendido, siendo yo su creador y redentor; y luego delante del confesor se han de limpiar por la humilde y pura confesión, y enmendar la vida, y cumplir finalmente la satisfacción conforme al consejo y discreción del confesor. Si esto hicieren, yo me acercaré mucho a ellos, y el demonio se alejará. Después importa que con devoción y verdadera caridad reciban mi cuerpo; teniendo voluntad de no volver jamás a los primeros pecados, y proponiendo de perseverar hasta el fin. Yo les saldré al camino a los que esto hicieren, como sale la madre a los hijos perdidos, y los recibiere con grandísimo contento”. Yo estaré en ellos y ellos en mí, y vivirán y se alegrarán conmigo para siempre.²

15.- Estando Santa Brígida orando con gran compasión por un señor ilustre y muy poderoso en cuanto al mundo, el cual estaba muy enfermo, y no quería confesar sus pecados al sacerdote, como lo tienen por costumbre los fieles cristianos, apareciéndose Cristo a la dicha Santa Brígida, dijo: “Di a tu confesor que visite a ese enfermo y lo confiese” Santa Brígida lo envió a visitar al enfermo; mas él respondió que se había confesado muchas veces, y que no tenía entonces necesidad de confesarse. El día siguiente por mandado de Cristo fué enviado otra vez el sacerdote por Santa

¹ Tract., 3. Div. doct., c 132.

² Lib. 7. Rev., c. 27.

Brígida al sobredicho enfermo, el cual le dió la misma respuesta que al primero. Empero volviendo al tercer día el sacerdote al enfermo, le declaró los impedimentos de su salvación, que se los había el Señor revelado a Santa Brígida. Entonces él, deshecho en lágrimas, dijo al sacerdote: “¿Y cómo podré yo alcanzar perdón estando enmarañado en tantos pecados?” Díjole el confesor: “Aunque muchos más y mayores los hubieres cometido, te salvarás por la verdadera contrición y confesión; esto te prometo confiadamente”. Dijo él: “Yo desesperaba de la salvación de mi alma, porque del todo me había sujetado y entregado al demonio, el cual también ha hablado conmigo muchas veces. Soy de sesenta años, y jamás confesé ni comulgué; empero ya siento que tengo unas lágrimas, que hasta ahora nunca las sentí como ellas”. Confesóse, pues, cuatro veces aquel día con el sacerdote, y el día siguiente, después de la confesión, recibió la Sagrada Eucaristía, y al sexto día murió. Del cual dijo después el Señor a Santa Brígida: “Aquel por su confesión y contrición no fué al infierno, sino al Purgatorio. Halló remedio, y por mi bondad se salvará, con la cual espero la conversión del pecador hasta el último punto de su vida, y por los merecimientos de mi Madre, de cuyo dolor cuando vivía aquel hombre, solía compadecerse”.¹

16.- Dijo Dios Padre a la virgen Santa Catalina: “Mi bondad ha concedido un privilegio a la gloriosa María Madre de mi Unigénito Hijo, por la reverencia del Verbo encarnado, que cualquiera, aunque sea pecador, que con devoción acude a ella, en ninguna manera será arrebatado por el demonio infernal. Porque fué escogida por mí, preparada y dispuesta como cebo dulcísimo para cazar a hombres, y principalmente almas de pecadores”.²

17.- La misma bendita Madre de Dios la Virgen María dijo a Santa Brígida: “Por mucho que un hombre peque, si con todo corazón, con verdadera enmienda y caridad acudiere a mí, estoy al momento aparejada para recibirlo cuando viene. Y no miro cuánto uno haya pecado, sino con qué intención y voluntad acude a mí.

¹ Lib. 6. Rev., c. 97.

² Tract., 4, c. 139.